

La junta militar ha conseguido éxitos indudables desde el punto de vista económico (otra cosa es si ellos significan un desastre para el pueblo y el país). Tiene una buena balanza comercial, aunque amenazada por la creciente ola de importaciones, gracias, entre otras cosas, a los altos precios del grano y de la carne en el mercado mundial y al hecho de que el país triplicó, en los dos primeros meses de 1980, sus envíos de trigo a la URSS de 1979, ya altos, y envió, sólo en ese bimestre, 55 por ciento de la carne vendida a la URSS el año pasado. Tiene un buen respaldo financiero internacional y comienza a lograr inversiones directas; el producto interno bruto crece, la inflación disminuye aunque se mantenga altísima y la tasa de desocupación en el Gran Buenos Aires gira alrededor de 3 por ciento y es, por consiguiente, muy inferior a la de cualquier país industrializado (otra cosa es que los trabajadores, cuyo salario real ha sido reducido a menos de la mitad, se vean obligados a tener dos empleos). El gobierno piensa lanzarse ahora a una devaluación del peso, ya que el índice de la inflación favorece la compra de divisas por los particulares y penaliza a las exportaciones argentinas. Paralelamente, los enormes excedentes obtenidos por la oligarquía (que no pueden ser exportados en su totalidad) son invertidos en las industrias que valorizan la tierra (agroindustrias, industria forestal, industria papera y alimenticia) y surgen nuevos ramos y nuevos centros industriales.

No es verdad que la junta militar sea antindustrial: está por el cierre de las industrias consideradas ineficientes, que producen para el mercado interno, por una concentración industrial que favorece a las transnacionales y a la oligarquía y el capital financiero local, pero desarrolla un nuevo tipo de industria, con la intervención activa del Estado (ver el desarrollo nuclear, por ejemplo). Esa concentración industrial lleva a la formación de gigantes (la fusión entre Fiat y Peugeot, contra la Volkswagen) y, por consiguiente, a futuros conflictos propios de un capitalismo más dinámico, y está lejos de constituir una "vuelta a una Argentina agropastoril".

La conclusión principal, desde el punto de vista social, es que hay a la vez una recomposición de la burguesía y del proletariado. En el seno de la primera las quiebras en serie arrojan a un sector de la burguesía tradicional a la oposición y refuerzan el dominio del nuevo bloque dominante, estrechamente ligado, incluso o sobre todo por lazos económicos, con los militares. En cuanto al movimiento obrero, lejos de debilitarse en lo que respecta a su peso numérico en la sociedad, sigue dis-

Argentina

El presente que enfrentar

Guillermo Almeyra

poniendo de una posición de fuerza derivada de la escasez de trabajadores, sobre todo calificados, en un país con escaso crecimiento demográfico y del hecho de que hay un reordenamiento, no una liquidación, del parque industrial. Otra cosa, por supuesto, es si esas condiciones propicias para negociar sus salarios son anuladas por la feroz dictadura y la nueva legislación laboral destinadas, precisamente, a impedir el libre juego de la oferta y la demanda y la libre negociación en el mercado de la mano de obra.

Los partidos políticos tradicionales — desde el peronismo a los radicales — han perdido su papel porque pertenecen a una Argentina del pasado. Si los peronistas conservan aún audiencia es porque aparecen perseguidos y como principal oposición burguesa, por un lado, y, por otro, porque los trabajadores, pese a haber hecho la experiencia nefasta del gobierno de Perón y del de Isabel Martínez de Perón, encuentran en el peronismo, no una esperanza, como en los años en que esperaban el retorno del "líder", sino una identificación negativa, contra los militares, y no están dispuestos a abandonar lo que los unió durante años, en condiciones de dictadura, sin encontrar un nuevo aglutinador político, que hoy no existe. El peronismo se sobrevive, al nivel de las masas, divorciado de la estructura y la dirección peronistas, sin otro lazo que el nacionalismo antioligárquico y antimperialista con quienes cada vez hablan menos de ello y presentan, en cambio, un programa que todos saben, por amarga experiencia propia, que es anacrónico, obsoleto. Se sobrevive como bien vacante, como se sobrevivía el irigoyenismo de las masas una vez muerto Irigoyen, a la espera de que lo recogiese, sintetizándolo y superándolo, lo que sería el peronismo.

Junto con los partidos tradicionales ha entrado en crisis también el viejo sindicalismo (y, con él, los viejos sindicalistas son obsoletos, aunque las bases hagan frente táctico con ellos contra la represión y, a falta de otro centro, puedan transitoriamente, tomarlos como punto de referencia). El sindica-

to ligado al Estado populista ha muerto porque no hay margen para el populismo. Aparecen los sindicatos ligados a este Estado. Y la represión antisindical, que debilita incluso a la burocracia sindical como capa intermediaria, abre el camino a las direcciones obreras de base no reformistas sino revolucionarias y pone, más que nunca, el centro en las fábricas y lugares de trabajo, no en los aparatos sindicales externos, negociadores, a nivel político central. No sólo porque no hay posibilidad de negociar sino también porque hay una reorganización (como en la otra dictadura, en 1958-1959) del trabajo a nivel de la empresa, para obtener mayor productividad, no sólo mediante la extracción de plusvalor relativo sino también absoluto. (O sea, aumentando los ritmos de trabajo y empeorando las condiciones del mismo, y alargando también las jornadas laborales, suprimiendo las conquistas obreras, etcétera).

De modo que los que reivindican la unidad del peronismo, no sólo tratan de revivir muertos y se alían con los sectores burgueses que trajeron este desastre y contra los cuales lucharon las masas — o sea, con los precursores de los actuales planes económicos de la dictadura — sino que también se condenan, programática y políticamente, para responder a una nueva situación en que los trabajadores siguen siendo peronistas, pero a la vez ya han dejado de serlo y esperan un nuevo programa, una nueva política correspondientes a la nueva Argentina que ha surgido del caos sangriento instaurado por Perón, Isabel Perón, López Rega, Rodrigo, Mondelli y Cia.

La dictadura ha juntado muchas oposiciones. Su nacionalismo reaccionario y su apoyo en la URSS y en Alemania Federal para industrializar al país chocan, por ejemplo, con Estados Unidos, y su política industrial, con los sectores de la vieja industria. A ella se opone el pasado, bajo la forma de los viejos partidos. Pero también el presente, la clase obrera, el sector asalariado de la clase media, los estudiantes que no pueden estudiar, el pueblo. Los que tratan de hacer frente con las primeras resistencias (con Carter, la AFL, la socialdemocracia, las viejas estructuras de los partidos burgueses) traban la realización de otro frente, del bloque social de que hablaba Gramsci. Es cierto que contra la dictadura hay que golpear juntos hasta con los causantes de la misma y que hoy se han convertido en sus víctimas. Pero a condición de marchar separados y de presentar, ante los trabajadores, una alternativa. No simplemente el retorno al pasado.